

VERBOS DE PERCEPCIÓN SENSORIAL EN ESPAÑOL: UNA CLASIFICACIÓN COGNITIVA

JORGE FERNÁNDEZ JAÉN
Universidad de Alicante

RESUMEN. El propósito del presente trabajo es explicar cuáles son los verbos de percepción sensorial prototípicos en español, cuáles son sus características fundamentales y qué relaciones mantienen entre sí. A partir de los postulados de la Gramática Cognitiva, pretendemos mostrar que el comportamiento gramatical de estos verbos y la jerarquía que se establece entre ellos reflejan parcialmente el funcionamiento en el mundo real de los distintos sentidos y su importancia cultural y biológica.

PALABRAS CLAVE. Gramática cognitiva, verbos de percepción.

ABSTRACT. The aims of this article are to establish a classification of Spanish physical perception verbs, to determine their main features, and finally to specify the relationships between them. From a Cognitive perspective, it is shown that the grammatical behaviour of these verbs are a reflection of different sensorial abilities and their hierarchical structure; further, it can be said that the function of these verbs are crucially determined cultural and biologically.

KEY WORDS. Cognitive grammar, perception verbs.

1. INTRODUCCIÓN¹

El ser humano es, en términos biológicos, un animal que, como todos los demás, vive en un ecosistema dado en el que intenta sobrevivir y con el que interactúa. En ese sentido, la diferencia que existe entre el *Homo Sapiens Sapiens* y cualquier otro ser vivo es mínima: toda criatura busca, por definición, su permanencia y la de su especie, cosa que intentará lograr empleando del mejor modo posible los atributos que le haya otorgado la naturaleza. Así, un tiburón de gran tamaño pasará prácticamente todo su tiempo buscando alimento ya que, debido a su envergadura, necesitará enormes cantidades de comida para poder nutrirse. Para lograr esas cantidades ingentes de alimento, los grandes escualos han perfeccionado

¹ Quiero dejar constancia de mi agradecimiento al Dr. José Luis Cifuentes Honrubia, director de mi tesis y principal responsable de mis intereses científicos. También deseo mencionar a la Dra. Nicole Delbecque, de la Universidad Católica de Lovaina, y a su discípula, Hilde Hanegreefs, con quienes pude trabajar en noviembre de 2004 en Bélgica gracias a una estancia predoctoral. Estas dos investigadoras pusieron a mi disposición sus conocimientos y sus archivos, sin los cuales este trabajo no hubiera sido posible. Vaya también a ellas mi gratitud.

enormemente, en términos evolutivos, su morfología: disponen de una piel especialmente suave para deslizarse sin rozamiento por el agua y de unas aletas poderosas para poder desplazar con rapidez toda su masa. Estas características son muy convenientes para lograr dar alcance a una presa que huye pero, ¿qué hacer con una pieza que no se ve? El tiburón sabe que no puede desaprovechar ningún bocado, y por ello, aparte de un cuerpo idóneo para nadar muy rápido, ha desarrollado otros sentidos que le permiten detectar con precisión posibles presas, como un finísimo olfato y una utilísima capacidad para detectar campos magnéticos y movimientos extraños en el agua. Gracias a todos estos sentidos, los grandes escualos continúan poblando nuestros océanos. No cabe duda de que estos animales han sabido adaptarse al medio en el que viven, modificando sus capacidades cognitivas para poder «interpretar» su realidad de la manera más conveniente.

De igual modo, el Hombre es un ser que dialoga con lo que pasa a su alrededor y que ha adaptado su cuerpo a su ecosistema y a sus necesidades. Lo que sucede, y esto sí es exclusivo de nuestra especie, es que además de un cuerpo, unos sentidos y un cerebro, el Hombre tiene lenguaje, lenguaje que también ha tenido que adaptarse, en tanto que atributo natural² del *Homo Sapiens Sapiens*, a la realidad en la que los hombres se desenvuelven.

En este trabajo vamos a estudiar los verbos prototípicos de percepción sensorial en español, atendiendo a su importancia cognitiva. Lo que pretendemos es constatar que, como defiende la Lingüística Cognitiva, existe un evidente paralelismo entre el mundo y la forma de las lenguas que se hablan en él. Y es que los lingüistas que llevan tiempo trabajando desde esta órbita metodológica siempre han partido de la «asunción de que los fenómenos gramaticales reflejan en alto grado el estado del mundo que capta el hablante» (Á. LÓPEZ GARCÍA 2000: 19). En consecuencia, cada lengua concreta debe reflejar el entorno de sus hablantes, con lo que la línea que separa la sintaxis de la semántica se hace mínima.

2. CONCEPTOS PREVIOS

Existen muchos tipos de percepciones sensoriales. Si nos damos un martillazo en un dedo, experimentaremos de inmediato un intenso dolor que durará unos interminables minutos. También podemos deleitarnos con el tacto de un oso de peluche, con una melodía de Mozart o con un buen vino. En otras ocasiones, será una jaqueca la que nos incordie y no faltarán casos en los que vivamos experiencias que aglutinen sensaciones procedentes de varios sentidos distintos al mismo tiempo, como cuando estamos en el campo y sentimos los olores de las flores, el tacto de la hierba, los cantos de los pájaros y la plástica belleza del paisaje. El entorno en el que nos encontremos en cada momento nos proveerá siempre de percepciones concretas, con independencia del agrado o desagrado con el que las recibamos.

Pero no todas las percepciones sensoriales son iguales, ni cualitativa ni cuantitativamente. De entrada, algunas percepciones son más habituales que otras. Lo normal es sentir más a menudo el sabor de un alimento que nos gusta que un dolor de muelas, de la misma manera que es más corriente tocar a nuestra mascota que un frío bloque de hielo. Por otro lado, hay sensaciones sobre las que podemos ejercer un cierto control ya que son resultado de nuestro contacto con el exterior (podemos decidir mirar algo o no,

² Como es lógico, no puedo desarrollar aquí la vieja discusión acerca de si el lenguaje es un objeto natural o social. Sólo diré que yo me decanto abiertamente por la primera posibilidad.

comer algo o no hacerlo, y llevar más cuidado con el martillo para no volver a hacernos daño), mientras que otras suceden dentro de nosotros y no podemos ni evitarlas ni modificarlas (como una jaqueca). Podemos llamar percepciones exógenas a aquellas que tienen su origen fuera de nuestro cuerpo y percepciones endógenas a aquellas otras que se producen cuando el objeto/estímulo que las causa entra en nuestro organismo. Por otro lado, podemos llamar percepciones puras a aquellas sensaciones que se producen de forma automática y espontánea cuando el objeto/estímulo entra en contacto con el órgano encargado de su descodificación y percepciones activas³ a aquellas otras que sólo tienen lugar si el sujeto que las va a experimentar realiza una determinada acción voluntariamente, utilizando el órgano receptor adecuado. Un ejemplo de percepción pura sería la sensación de calor que experimenta cualquier persona si se acerca a un fuego, y un ejemplo de percepción activa sería la que se deriva de saborear un helado.

Pues bien, todas las características que poseen extralingüísticamente las distintas percepciones sensoriales (si la percepción se puede controlar o no, si el estímulo es físico, auditivo, etc.) pueden hallar su reflejo gramatical en los verbos de percepción que las expresan. Además, hay que tener en cuenta que algunas percepciones estarán más lexicalizadas que otras en cada lengua, dependiendo de su frecuencia de aparición y de la importancia que culturalmente les conceda cada comunidad lingüística. Por ejemplo, en el ámbito de las lenguas románicas, es lógico que haya verbos que expresen la percepción «oír a alguien con mucha atención» (*escuchar, escoltar, écouter...*), mientras que es normal que no se haya lexicalizado ningún verbo para expresar un significado como «la sensación de andar descalzo por un terreno húmedo y arcilloso», sensación que sí puede ser de vital importancia en otras comunidades lingüísticas hasta el punto de originar un verbo específico para ella.

La teoría de prototipos (J. L. CIFUENTES HONRUBIA 1994: 149-185 y M. J. CUENCA y J. HILFERTY 1999: 34-41) propone que los elementos que pertenecen a una misma categoría no son equivalentes, sino que se dan entre ellos sutiles relaciones de jerarquía. Estas relaciones de subordinación únicamente pueden explicarse teniendo en cuenta el complejo modo que tiene el ser humano de interactuar con el medio, como ya hemos dicho; si escuchamos el sustantivo «banco», es mucho más probable que nuestra mente actualice el referente «lugar para sentarse» o «lugar donde se guarda el dinero» que «denso conjunto de peces». Por lo tanto, entre los distintos significados de «banco» se establece una relación de subordinación tácita según la cual algunos significados serán más prototípicos que otros. Esta jerarquía, no obstante, no es caprichosa, sino que obedece a las pautas que rigen nuestra vida cotidiana: cualquier hispanohablante suele ver más bancos de un tipo que de otro, por lo que su lengua acabará por formalizar ese contacto con el exterior a través de redes semánticas⁴. En consecuencia, y si esta teoría es correcta, cada percepción básica (vista, oído, tacto...) tendrá

³ Tomamos estos términos de M. C. HORNO CHÉLIZ (2002), aunque existen otras denominaciones para este tipo de percepciones, como «sensaciones de actividad y de estado» (H. BAT-ZEEV SHYLDKROT 1989). Preferimos la denominación de HORNO CHÉLIZ aunque hemos de tener en cuenta que, en realidad, las percepciones absolutamente puras no existen (lo normal es que percibamos muchas cosas distintas al mismo tiempo, de modo que no siempre hay solución de continuidad entre una percepción y otra). De hecho, las sinestias, de las que está plagado el lenguaje, son un buen ejemplo de estos fenómenos de sincretismo sensorial (H. BAT-ZEEV SHYLDKROT 1989: 282).

⁴ La teoría de prototipos es, junto con la gramaticalización y los fenómenos metafóricos y metonímicos, uno de los ejes básicos de la gramática cognitiva. No obstante, plantea algunos problemas de aplicación, parcialmente resueltos gracias a los conceptos de «efectos de prototipicidad» y «semejanzas de familia» (M. J. CUENCA y J. HILFERTY 1999: 36-41).

algún verbo prototípico⁵ (o más de uno) con unas características concretas, características que, además, nos pueden ayudar a entender la importancia cultural que cada percepción tiene en el seno de cada comunidad de hablantes.

3. LA VISTA

En nuestra cultura, no hay duda de que es la vista el sentido cognitivamente más apreciado. De hecho, se considera que el modo más fiable de saber algo es «verlo», por lo que muy habitualmente la percepción física acaba convirtiéndose en una percepción intelectual (A. COLLINOT 1966: 6 y L. A. SANTOS DOMÍNGUEZ y R. M. ESPINOSA ELORZA 1996: 124-138). Sin embargo, otras culturas otorgan más importancia a otros sentidos. Por ejemplo, algunos aborígenes australianos sienten que es el oído el sentido más importante (N. EVANS y D. WILKINS 2000: 546-592), mientras que los habitantes de las Islas de Andaman organizan sus relaciones sociales por medio del olfato (I. IBARRETXE-ANTUÑANO en prensa).

En español, el verbo prototípico de la vista es el verbo *ver*, verbo extraordinariamente polisémico debido a su frecuente uso. Pero *ver* no es el único verbo prototípico de la vista en nuestra lengua. Junto a él tenemos otro de significado también muy prototípico que parece formar pareja con *ver* de forma natural. Nos referimos, naturalmente, a *mirar*.

Antes decíamos que existen percepciones puras y percepciones activas. Pues bien, desde siempre se ha considerado que *ver* representaría de forma paradigmática la percepción pura de la visión, mientras que *mirar* se ocuparía de la percepción visual que entraña una actividad. Aun así, ambos verbos serían igual de prototípicos, ya que entre un tipo y otro de percepción no se establece ningún grado de jerarquía. *Ver* y *mirar* serían, por tanto, como las dos caras de una misma moneda.

La oposición léxica entre *ver* y *mirar*⁶ ha sido defendida por diversos investigadores, entre los que destaca M^a JOSÉ RODRÍGUEZ ESPÍNEIRA. Esta autora, en un trabajo de 2002, intenta demostrar esta hipótesis, sometiendo a rigurosos análisis gramaticales estos dos verbos junto a *oír* y *escuchar*.

Una de las mejores maneras de averiguar si un verbo expresa una percepción pura o una percepción activa es estudiar el tipo de sujeto que tiene. Los verbos que expresan una percepción pura deben llevar, en términos semánticos, un sujeto experimentante, ya que expresan estados «obligatorios» sobre los que el sujeto no puede intervenir. En cambio, los que expresan una percepción activa deben ir acompañados por sujetos agentes, ya que se trata de verbos que implican una acción concreta que debe ser realizada por algún ente animado. Dicho de otra manera; si alguien (que no sea ciego, naturalmente) entra en una habitación en la que hay una persona sentada en una silla, la verá forzosamente (percepción pura no controlada), aunque ya estará en su mano el mirarla o no (acción voluntaria). Existen

⁵ Los elementos más prototípicos de una categoría serán los de significado más general y denotativo. Por el contrario, cuanto más periférico sea el elemento, más matices semánticos tendrá. Así, *ver* será más prototípico que *otear*, y *otear* no será tan periférico como *escudriñar*.

⁶ Esta hipótesis vendría a decir que cada uno de los miembros de la oposición está especializado en un tipo de percepción, de modo que *ver* nunca expresaría una percepción activa y *mirar* nunca expresaría una percepción pura. Cada uno de los dos miembros del binomio estaría especializado en un único tipo de percepción, por lo que se podría considerar que existe una suerte de especialización funcional de cada uno de los verbos.

diversas pruebas gramaticales para determinar el grado de agentividad de un verbo. RODRÍGUEZ ESPIÑEIRA las aplica en su trabajo de 2002 a un corpus, obteniendo unos resultados interesantes pero no definitivos, ya que, en muchos casos, el verbo *ver* se comporta como un verbo de acción. Veamos rápidamente en qué consisten estas pruebas⁷.

3.1. PRUEBA DE LAS ESTRUCTURAS PROGRESIVAS

En teoría, los verbos estativos no pueden combinarse con perífrasis aspectualmente progresivas, ya que un estado no puede «desarrollarse» en el tiempo. En cambio, un verbo que exprese acción podrá aparecer sin ningún problema en una de estas estructuras. Sin embargo, *ver* no siempre se ajusta a este principio:

- (1) Ayer estuve viendo una película.
- (2) Luis sigue mirando fijamente el cuadro.

Como vemos, ambos verbos pueden aparecer sin ningún problema en estas estructuras, por lo que podríamos pensar que, en ocasiones, *ver* puede tener un sujeto agente.

3.2. PRUEBA DE LA FUNCIÓN DE COMPLEMENTO DE VERBOS DE RUEGO

Si un verbo puede funcionar como complemento de un verbo de ruego, mandato o promesa, estará indicando su capacidad activa, ya que un estado no se puede, al menos en principio, «imponer». En este caso *ver* también muestra un comportamiento sorprendente, puesto que puede darse en este tipo de estructuras:

- (3) José me suplicó que viera a su hermana.
- (4) Carolina nos pidió que mirásemos sus dibujos.

3.3. PRUEBA DE LA SUSTITUCIÓN DE PREDICACIONES POR PROVERBOS

Si se puede sustituir una predicación por los proverbios *hacer* (agentivo) o *suced*er (inagentivo) en estructuras ecuacionales, será porque el sujeto de esas predicaciones es agentivo. Como es natural, *mirar* cumple esta prueba perfectamente, aunque también es posible imaginar muchos ejemplos en los que *ver* también muestre un comportamiento agentivo:

- (5) Pedro no me escucha; lo único que hace es mirar para otro lado.
- (6) Lo único que hace Miguel en todo el día es ver películas.

⁷ Obtenemos las pruebas de M^a. J. RODRÍGUEZ ESPIÑEIRA (2002), pero los ejemplos son de nuestra invención.

3.4. PRUEBA DEL IMPERATIVO

Cabe esperar que sólo los verbos de acción admitan la forma imperativa ya que, como hemos dicho antes, un estado no puede imponerse. En este caso, *ver* se comporta como verbo de estado:

(7) *Ve qué dibujos tan bonitos.

(8) Mira qué hijos tan guapos tengo.

No obstante, como señala RODRÍGUEZ ESPÍNEIRA (2002), existen algunos casos muy concretos en los que *ver* parece admitir la forma imperativa:

(9) ¡Ay de mí! ¡Vedme aquí postrado!

De todas maneras, son ejemplos muy escasos (y probablemente en ellos *ver* equivalga pragmáticamente a *mirar*), por lo que podemos afirmar que, por lo que a esta prueba se refiere, *ver* funciona como un verbo inagentivo de percepción pura.

3.5. PRUEBA DE LA CONSTRUCCIÓN FINAL

Se trata de una prueba muy reveladora. Si un verbo puede ir acompañado de una oración final con la forma para + infinitivo, estará mostrando su valor agentivo y volitivo. Aunque RODRÍGUEZ ESPÍNEIRA (2002) considera que *ver* no puede darse en estas estructuras, lo cierto es que encontramos algunos ejemplos válidos:

(10) Pedro miró a María para saludarla.

(11) Pedro vio la obra de teatro para poder escribir la crítica.

Como vemos en (11), es perfectamente posible esta estructura. De hecho, en muchos casos, hay acciones visuales que no pueden realizarse con *mirar*, ya que este verbo debe llevar siempre un CD mucho más concreto y tangible que *ver*. Además, la acción de *mirar* en algunos contextos no puede alargarse demasiado en el tiempo, debido a que esta acción implica una concentración ocular que no siempre se puede sostener. Por ello es agramatical el ejemplo de (12):

(12) * Pedro miró la obra de teatro para poder escribir la crítica.

3.6. PRUEBA DE LOS ELEMENTOS DE INTENCIONALIDAD

Esta última prueba consiste en acompañar a los verbos con sintagmas preposicionales, locuciones o adverbios que indiquen intencionalidad (como por ejemplo, «con entusiasmo», «voluntariamente», «a propósito», etc). Si el verbo expresa una acción, los admitirá sin ningún problema, pero si expresa un estado o percepción pura, obtendremos resultados extraños:

(13) Lorena ve con ansiedad las carreras de caballos.

(14) Antonio miró con descaro a su vecina.

Una vez más constatamos que *ver* puede funcionar como verbo de acción, con sujeto agentivo.

¿Cómo explicar esto? Es obvio que *ver* lexicaliza muchas veces una percepción pura, pero no es menos cierto, como acabamos de comprobar, que, sintácticamente, actúa muy a menudo como verbo de acción, si bien la acción que manifiesta no es totalmente idéntica a la que expresa *mirar*⁸. HORNO CHÉLIZ (2002) ha propuesto una estupenda explicación para aclarar este fenómeno, inspirada en el aspecto léxico de *ver* desarrollado por Elena de Miguel⁹: la percepción de *ver* siempre es, en un primer momento, una percepción pura, que se sujeta a las características cognitivas de este tipo de percepción (falta de control, etc). Pero si dicha percepción se sostiene mucho en el tiempo, pasa a una segunda fase en la que se convierte en una acción. Por lo tanto, la oposición percepción pura/percepción activa por lo que a la vista se refiere no se expresa en español a través de la pareja *ver/mirar*, sino que se lexicaliza con tres verbos: primero estaría un *ver* 1, que expresa la percepción pura, y del que derivaría un *ver* 2 capaz de expresar una acción visual. Por último estaría *mirar*, verbo de acción visual mucho más concreta y limitada, ya que, por ejemplo, frente a *ver* 1 y 2, debe haber menos distancia entre el sujeto perceptor y el objeto percibido (H. BAT- ZEEV SHYLDKROT 1989: 289) y dicho objeto debe ser normalmente más tangible que los que pueden acompañar a *ver* 1 y 2. Por ello, aunque *mirar* sea un verbo prototípico, estaría, en términos cognitivos, en un rango ligeramente inferior a *ver*, ya que las percepciones que expresa son más limitadas.

Por último, hemos de decir que el hecho de que el órgano que se ocupa de la visión (el ojo) tenga movilidad tiene sus repercusiones sintácticas. En un estudio reciente, (R. ENGHELS y E. ROEGEST 2004: 47-59) se ha demostrado que cuando *ver* va acompañado de infinitivos con sujeto propio (*Luis vio a Pedro dormirse en el patio*) suele elegir infinitivos inacusativos con sujeto no agentivo. Esto se debe a que la agentividad radica más en el órgano de la visión (la movilidad del ojo) que en el objeto percibido. Esto da la respuesta, además, a un interrogante que se planteó hace ya tiempo (A. ROGERS 1976: 141-163): ¿por qué no se puede mirar¹⁰ algo por accidente, mientras que sí se puede escuchar algo por accidente? Por la sencilla razón de que para mirar algo hay que proyectar voluntariamente los ojos (y, eventualmente, la cabeza) hacia ese algo, cosa que no sucede de modo involuntario.

4. EL OÍDO

Después de la vista, es el oído el sentido más valorado en nuestra cultura, por lo que también lo empleamos muy habitualmente para expresar tanto percepciones sensoriales como intelectuales. El verbo más prototípico es *oír*, junto con *escuchar*. De nuevo nos hallamos ante una pareja de verbos para la que se ha defendido la oposición léxica (M^a. J. RODRÍGUEZ ESPÍÑEIRA 2002: 437-489). Sin embargo, la aplicación de las pruebas de agentividad demuestran que, al igual que *ver*, *oír* no siempre expresa una percepción pura.

⁸ Para conocer las diferencias básicas, véase el trabajo de RODRÍGUEZ ESPÍÑEIRA (2002).

⁹ Cfr. ELENA DE MIGUEL, «El aspecto léxico», en BOSQUE, IGNACIO y DEMONTE, VIOLETA (eds.), *Gramática descriptiva de la lengua española*, Madrid, Espasa, 1999, pp. 2977-3060.

¹⁰ También cabría aquí la acción de *ver* 2.

4.1. PRUEBA DE LAS ESTRUCTURAS PROGRESIVAS

Como vemos en los siguientes ejemplos, tanto *oír* como *escuchar* se comportan como verbos agentivos:

- (15) No quiero seguir oyendo tonterías.
- (16) María prefiere continuar escuchando el concierto.

4.2. PRUEBA DE LA FUNCIÓN DE COMPLEMENTO DE VERBOS DE RUEGO

También esta prueba muestra que *oír* puede ser tan agentivo como ***escuchar***:

- (17) El médico me rogó que oyera lo que tenía que decirme.
- (18) Me obligó a escuchar su última partitura.

4.3. PRUEBA DE LA SUSTITUCIÓN DE PREDICACIONES POR PROVERBOS

Esta prueba también contradice la idea de una oposición léxica entre *oír* y *escuchar*:

- (19) Oír óperas es lo que hace Tomás cuando tiene algún rato libre.
- (20) Escuchar música rock es lo que hacen mis alumnos durante mis clases.

4.4. PRUEBA DEL IMPERATIVO

Los dos verbos lo aceptan:

- (21) ¡Oye lo que te dice tu padre!
- (22) ¡Escúchame, por favor!

4.5. PRUEBA DE LA CONSTRUCCIÓN FINAL

También esta prueba muestra que es posible la percepción activa en ambos verbos:

- (23) Manuel ha oído todas las versiones para poder emitir un juicio correcto.
- (24) Debes escuchar en clase para entender mejor las explicaciones.

4.6. PRUEBA DE LOS ELEMENTOS DE INTENCIONALIDAD

Esta última prueba evidencia de forma definitiva que *oír* funciona a veces como verbo de acción sensorial:

- (25) Sergio ha oído con interés esa canción.
- (26) Carolina ha escuchado con mucho entusiasmo toda la conferencia.

Como vemos, al igual que sucedía con *ver* y *mirar*, *oír* y *escuchar* no forman un binomio estable que materialice de forma perfecta la oposición percepción pura/percepción

activa. Si aplicamos la teoría de HORNO CHÉLIZ (2002) debemos considerar que existe en español una división triple para la percepción auditiva; *oír* expresa inicialmente una percepción pura, pero si ésta se mantiene mucho tiempo, se convierte en una acción sensorial. En consecuencia, al igual que ocurre con la visión, tendríamos un *oír* 1 que puede convertirse en un *oír* 2. Por último, *escuchar*, al igual que *mirar*, implicaría una acción sensorial mucho más concreta que la que implica *oír* 2, con fuentes de sonido más próximas al receptor¹¹. Eso justificaría su inclusión en un puesto un poco más inferior en una escala de importancia cognitiva, ya que tendría una menor capacidad comunicativa que *oír* 2.

Por lo que respecta a los oídos (órgano de la audición), su carácter «estático» (a diferencia de los ojos, éstos no tienen movilidad) también tiene repercusiones sintácticas. Cuando *oír* va acompañado por infinitivos con sujeto propio, elige de forma generalizada infinitivos transitivos o inergativos con sujetos agentivos (*Oí a los niños cantar villancicos, Oí a los niños jugar*). A diferencia de *ver*, con *oír* la agentividad suele radicar en el objeto oído, no en el órgano receptor (R. ENGHELS y E. ROEGEST 2004: 47-59). Esto explica que sea posible escuchar algo accidentalmente.

5. EL TACTO

En muchas ocasiones, los lingüistas que estudian los verbos de percepción de una lengua concreta cometen un error metodológico; estudian los verbos de la visión o del oído y dan por supuesto que los verbos que expresan los demás sentidos funcionan de un modo similar. Nada más falso. Si los principios de la gramática cognitiva son ciertos, las estructuras lingüísticas que expresan cada percepción dependerán de la importancia cultural y de la complejidad cognitiva de cada una de las percepciones: a mayor importancia cultural y frecuencia de uso de cada percepción, mayor complejidad gramatical y potencial semántico tendrá el verbo que las exprese, y a la inversa.

De entrada, y a diferencia de lo que sucede con la vista y el oído, el tacto propicia percepciones sensoriales, pero no percepciones intelectuales. En nuestra cultura, no empleamos el tacto para conocer las cosas (hecho que podría resultar socialmente inadecuado), por lo que más que a percepciones intelectuales, las sensaciones táctiles suelen conducir a sensaciones «emocionales»; así, por ejemplo, decimos que algo *nos toca mucho* para expresar que nos importa de un modo especial (L. A. SANTOS DOMÍNGUEZ y R. M. ESPINOSA ELORZA 1996: 146-148).

El verbo prototípico del tacto en español es *tocar*, verbo de percepción activa. No obstante, existe otro verbo en español, de percepción pura, con el que *tocar* puede formar una oposición léxica: nos referimos al verbo *sentir*. Evidentemente, se puede objetar que *sentir* es un verbo polisémico que expresa percepciones puras en general, ya que, como es sabido, este verbo puede referirse a estímulos de cualquier tipo, ya sean auditivos, táctiles, olfativos, de sabor o incluso visuales¹². No obstante, creemos que las percepciones puras más prototípicas para *sentir* son las táctiles, ya que el órgano receptor que se encarga de ellas es la piel, órgano que recubre todo nuestro cuerpo y que nos hace seres muy sensibles en lo que

¹¹ Yo puedo ver a una persona que está lejos, y si grita mucho, a lo mejor puedo hasta oírla. Pero difícilmente podré mirar qué zapatos lleva o escucharla si me habla.

¹² Aunque no es tan habitual, no cabe duda de que frases como *No siento bien el rojo en esta pintura* pueden ser admisibles.

al tacto se refiere. De hecho, hay personas que no ven, personas que no oyen, y personas que tienen atrofiados el gusto y el olfato, pero todo el mundo (a excepción de las personas que padecen algún tipo de lesión neuronal severa) *siente* a través del tacto, a través de la piel. Es más, probablemente el significado de *sentir* sea tan general debido a que el resto de órganos que se ocupan de los otros sentidos (los ojos, los oídos, etc) se encuentran subsumidos en la piel, especie de «macro-órgano» de percepción¹³.

Por tanto, en español los verbos prototípicos de percepción del tacto serían *sentir* y *tocar* (percepción pura y percepción activa, respectivamente), pareja de verbos que, esta vez sí, constituye una oposición léxica perfecta, como demuestra la aplicación de las pruebas de agentividad.

5.1. PRUEBA DE LAS ESTRUCTURAS PROGRESIVAS

Los dos verbos la cumplen, aunque esto no es un indicio demasiado fuerte para considerar que *sentir* no sea un verbo de percepción pura ya que, en realidad, esta prueba aporta más información gramatical que semántica:

(27) Juan está sintiendo frío.

(28) Juan está tocando los libros de la biblioteca.

5.2. PRUEBA DE LA FUNCIÓN DE COMPLEMENTO DE VERBOS DE RUEGO

Sentir no la cumple, al ser un estado que no se puede controlar:

(29) * Pedro fue obligado a sentir el viento.

(30) Pedro fue obligado a tocar el cadáver.

En algunas ocasiones, podemos encontrar contextos que parecen contradecir esta prueba, como vemos en (31):

(31) Le pidieron a José Ramón que no sintiera lástima.

Sin embargo, en este caso *sentir* ya no expresa una percepción sensorial, sino que, debido a un proceso metafórico, ha pasado a tener un significado emocional, susceptible de ser controlado.

5.3. PRUEBA DE LA SUSTITUCIÓN DE PREDICACIONES POR PROVERBOS

Los resultados no dejan lugar a dudas.

(32) * Lo que Miguel hace es sentir sus caricias.

(33) Lo que Miguel hace es tocar a su gato.

5.4. PRUEBA DEL IMPERATIVO

¹³ Para conocer las características de *sentir* en francés y su grado de importancia para clasificar los verbos de percepción de esa lengua, véase el trabajo de H. BAT-ZEEV SHYLDKROT (1989).

Como vemos en los siguientes ejemplos, los dos verbos lo admiten:

(34) ¡Siente la frescura de este nuevo perfume!

(35) ¡Toca este fantástico abrigo de piel!

Sin embargo, este empleo del verbo *sentir* está pragmáticamente vinculado a contextos muy reducidos (sobre todo, el lenguaje publicitario) por lo que podemos deducir que, en realidad, *sentir* en estos casos se comporta semánticamente como un verbo de acción (*siente la frescura* significaría, en realidad, «permite que esta frescura te envuelva»). De hecho, en casi todos los contextos *sentir* no admite el imperativo:

(36) Toca este terciopelo.

(37) * Siente este terciopelo.

5.5. PRUEBA DE LA CONSTRUCCIÓN FINAL

Los resultados son muy claros:

(38) Luis tocó el abrigo de piel para comprobar si era auténtico.

(39) * Luis sintió el abrigo de piel para comprobar si era auténtico.

5.6. PRUEBA DE LOS ELEMENTOS DE INTENCIONALIDAD

Tampoco en este caso parece haber duda de que *sentir* expresa una percepción pura, frente a la percepción activa de *tocar*:

(40) María tocó a propósito el valiosísimo jarrón.

(41) * María sintió a propósito la arena de la playa.

Por lo tanto, por lo que respecta al tacto, en lugar de tres verbos prototípicos sólo tenemos dos en español, que forman una oposición estable. *Sentir* será el más general y polisémico y de él parte *tocar*, más concreto y tangible (al igual que *mirar* y *escuchar*). Como vemos, a medida que la importancia cognitiva del sentido disminuye, se simplifican las estructuras gramaticales que lo sostienen.

6. EL OLFATO

El olfato es, junto con el gusto, el sentido menos lexicalizado en español. En nuestra cultura se le concede a este sentido muy poca importancia cognitiva. Su valor es más estético y social que otra cosa, como demuestra la poderosa industria de los perfumes, que mueve muchísimo dinero. Pero aparte de que, por los motivos que sean, no le concedamos al olfato una importancia decisiva, hay otras razones mucho más poderosas para que este sentido sea más marginal que los otros que hemos visto hasta ahora: las características biológicas de la olfacción en el ser humano. A diferencia de otras especies, el *Homo Sapiens Sapiens* no está provisto de un olfato muy desarrollado. Nosotros podemos percibir olores, sí, pero con muy

poca intensidad y, además, al rato de percibirlos, se nos hacen «invisibles»¹⁴. Por esta razón, podemos hacernos la siguiente pregunta; el olfato, ¿constituye una percepción pura o activa? En realidad las dos cosas, pero en grado mínimo, como demuestra el comportamiento del verbo prototípico de percepción olfativa en español, *oler*. Si le aplicamos a este verbo las pruebas de agentividad¹⁵, observaremos que las cumple, aunque pragmáticamente sabemos que su comportamiento como verbo de acción sensorial está limitado por las restricciones olfativas del hombre.

Observemos los ejemplos de (42) y (43):

(42) Luis olió el perfume en cuanto se acercó a la chica.

(43) Luis olió el perfume para decidir cuál regalarle a su novia.

Aparentemente, estas dos oraciones puede parecer que expresan el mismo tipo de percepción, pero no es así; (42) expresa una percepción pura (si te acercas a una chica que lleva mucho perfume, lo olerás quieras o no), mientras que (43) expresa una percepción activa (Luis se concentra voluntariamente en el olor de un perfume para ver si le gusta). Lo que tienen en común estas dos percepciones es que los olores que se experimentan desaparecerán de igual modo al poco tiempo; Luis no notará el perfume de esa chica durante horas, del mismo modo que tampoco podrá pasarse mucho tiempo probando perfumes en los grandes almacenes. Por ello, hemos de decir que *oler* puede funcionar como verbo de percepción pura y también como verbo de percepción activa, sólo que la distancia que separa a las dos modalidades es mínima (sobre todo si la comparamos con las otras oposiciones léxicas que hemos estudiado). Podemos llamar *oler 1* a la modalidad pura, y *oler 2* a la modalidad activa¹⁶. Pero téngase en cuenta que, pragmáticamente, no siempre será fácil determinar si nos hallamos ante un caso u otro. De hecho, el órgano de percepción olfativa, la nariz, está siempre abierto y activo, por lo que es imposible controlar las percepciones que nos transmite; como mucho podremos concentrarnos en algunas ocasiones más en ellas que otras. Por todo esto, la distancia que media entre *oler 1* y *oler 2* no sólo es muy corta, sino que también es reversible: mientras que de *ver 2*, por ejemplo, no podemos llegar a *ver 1*, sí podemos pasar de *oler 1* a *oler 2* y de *oler 2* a *oler 1* sin ninguna dificultad.

En realidad, en español lo normal es emplear el verbo *oler* como un verbo monoactancial, que lleva por sujeto (único actante) el elemento que huele. Los usos transitivos con sujeto experimentante o agente y CD son mucho menos habituales. Una vez más la realidad extralingüística queda reflejada en la estructura gramatical.

¹⁴ Quiero decir con esto que, mientras que con otros sentidos el hombre puede mantener la percepción en el tiempo (podemos ver, oír, tocar algo durante muchos minutos) no sucede lo mismo con el olfato; debido a que el hombre no necesita un olfato poderoso para sobrevivir en su entorno, no lo ha desarrollado demasiado, por lo que, una vez pasado un breve tiempo, no es capaz de tener conciencia de los olores. Si entramos en una habitación que huele a jazmín, notaremos el olor nada más entrar, pero al cabo de unos minutos ya no lo percibiremos porque nos habremos acostumbrado a él. Sólo si salimos de esa habitación y volvemos a entrar transcurrido un cierto período de tiempo podremos volver a esa olfacción concreta.

¹⁵ No las expongo aquí, aunque puedo decir que, como puede comprobar cualquier lector que lo desee, *oler* puede funcionar perfectamente como verbo de acción.

¹⁶ Como es evidente, si el sujeto de *oler* fuera un perro, por ejemplo, cabría intentar establecer las relaciones entre *oler 1*, *oler 2* y *olfatear*. Pero con sujetos humanos (los únicos animales con lenguaje) esta subdivisión es imposible.

7. EL GUSTO

El sentido del gusto sólo puede expresarse en español por medio de verbos de percepción activa. No existe, ni ha existido jamás en nuestra lengua, un verbo que exprese la percepción pura del sabor, por la sencilla razón de que, a diferencia de lo que sucede con los otros sentidos, no podemos experimentar sabores sin desearlo voluntariamente, ya que el órgano que se encarga de descifrar esas sensaciones (las papilas gustativas que tenemos en la lengua) está dentro de nosotros, en la boca, y nada puede entrar en contacto con él sin que lo sepamos y lo consintamos. Por lo tanto, cualquier verbo que exprese percepción del gusto será un verbo de acción ya que somos nosotros los que hacemos las acciones necesarias para que determinada sustancia entre en nuestra boca.

Si le pidiéramos a cualquier hispanohablante que nos dijera cuál es el verbo prototípico del gusto en español, tal vez nos dijera, intuitivamente, que *gustar*. Craso error. *Gustar* no es un verbo de percepción, sino un verbo psicológico. Concretamente, es un verbo causativo emocional, es decir, un verbo psicológico cuyo sujeto sintáctico es el estímulo que gusta a un ente experimentante. Si digo *Me gusta el café*, *el café* será el estímulo que me agrada psicológicamente y funcionará como sujeto oracional. El pronombre *me* representa, por tanto al beneficiario de la percepción.

No obstante, hemos de decir que *gustar* sí era un verbo de percepción sensorial activa en la Edad Media, como podemos comprobar en este ejemplo del texto anónimo titulado *Dança General de la muerte* (S. XV):

(44) Esto vos ganó vuestra madre Eva / por querer gostar fruta devedada.

En este ejemplo el verbo *gostar* indica una acción sensorial y *fruta devedada* es su CD (estructura imposible en el español actual). Lo que sucede es que a partir del S. XVIII *gustar* se convierte definitivamente en un verbo psicológico, perdiendo por completo su valor perceptivo (CH. MELIS 1998: 295-305).

¿Qué verbo sustituye a *gustar* como prototipo de verbo de acción sensorial? Podemos decantarnos entre *degustar* y *saborear*, que son prácticamente sinónimos. Personalmente me inclino por *degustar*¹⁷, dada su evidente filiación lexicológica con *gustar*.

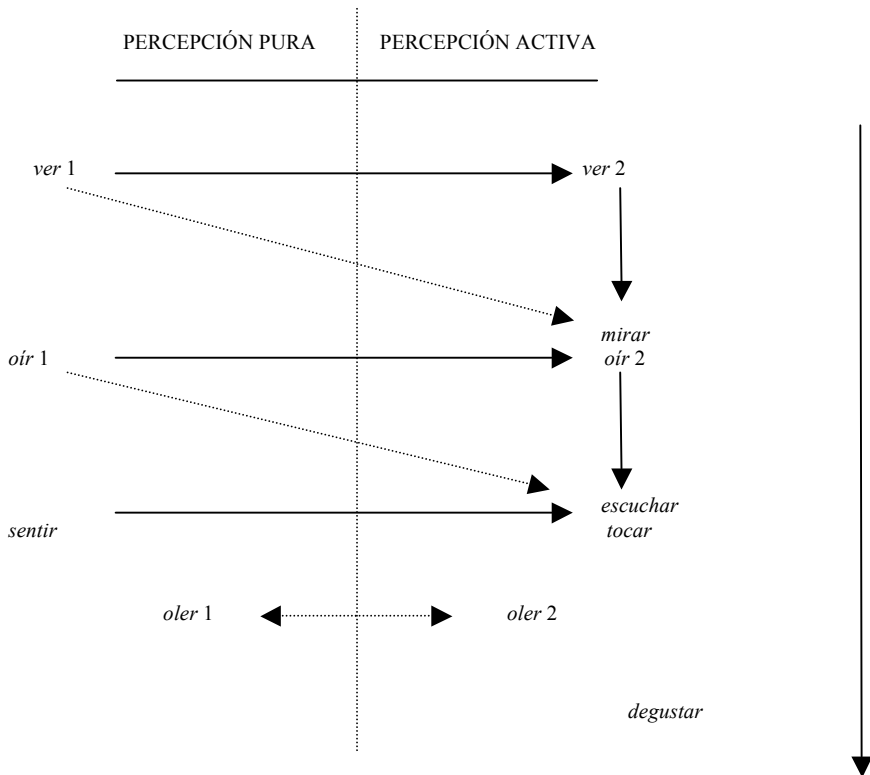
8. CONCLUSIONES

Como hemos tenido ocasión de comprobar, las características biológicas de los órganos de percepción del hombre, el grado de responsabilidad que el ser humano le concede a cada sentido para sobrevivir en su entorno (será más difícil subsistir si se carece de la vista que si se carece de capacidad olfativa por culpa de un resfriado) y la importancia que culturalmente tiene cada percepción sensorial, son elementos que hallan su reflejo en las características de los distintos verbos prototípicos de percepción sensorial en español. Igual que el tiburón del que hablábamos al principio, el hombre también ha adaptado sus sentidos para sobrevivir en su medio. Para él, ser racional, lo más importante es la vista y el oído (al menos en nuestra cultura) ya que son los sentidos más idóneos para conocer «objetivamente» la realidad; los

¹⁷ No creo necesario tener que demostrar que *degustar* es un verbo de acción aplicando las pruebas de agentividad, ya que es algo totalmente evidente.

dos sentidos que más rápidamente convierten una percepción sensorial en una percepción intelectual están expresados en nuestra lengua con una más rica gama de posibilidades sintácticas, mientras que aquellos más ornamentales o secundarios (olfato y gusto) tiene muy pocas posibilidades de expresión.

Además, no existen, como podría pensarse desde un planteamiento estructuralista, cinco verbos prototípicos, uno para cada sentido, sino once, ordenados de un modo asimétrico e impredecible, como asimétrica e impredecible es la realidad que refleja cognitivamente el lenguaje. El siguiente esquema resume todo esto de un modo visual¹⁸:



¹⁸ Las líneas discontinuas que unen *ver 1* con *mirar* y *oír 1* con *escuchar* indican que para que se den *mirar* y *escuchar* tienen que darse antes, obligatoriamente, *ver 1* y *oír 1* (nadie puede mirar algo si antes no lo ve, etc). No obstante, A. ROGERS (1976), explica una posible excepción: los ciegos no ven, pero pueden hacer el acto físico de mirar algo (proyectar la cabeza e incluso los ojos), si ese algo les ha llamado la atención por algún motivo (ha hecho un ruido, tiene un olor peculiar, etc.).

BIBLIOGRAFÍA

- BAT-ZEEV SHYLDKROT, HAVA (1989): «Les verbes de perception: étude sémantique», en *Actes du 18ième Congrès International de Linguistique et Philologie Romanes*, Tübingen, M. Niemeyer, pp. 282-294.
- CIFUENTES HONRUBIA, JOSÉ LUIS (1994): *Gramática cognitiva. Fundamentos críticos*, Madrid, Eudema.
- COLLINOT, ANDRE (1966): «L'opposition voir/regarder en français contemporain», *Bulletin Des Jeunes Romanistes*, 14, pp. 3-13.
- CUENCA, MARIA JOSEP y HILFERTY, JOSEPH (1999): *Introducción a la lingüística cognitiva*, Barcelona, Ariel.
- ENGHELS, RENATA y ROEGEST, EUGEN (2004): «Percepción visual y percepción auditiva: la naturaleza del objeto», en SERRA, E. y WOTIAK, G. (eds.), *Cognición y percepción lingüísticas*, Valencia, Universitat de Valencia/ Universität Leipzig, pp. 47-50.
- EVANS, NICHOLAS y WILKINS, DAVID (2000): «In the mind's ear: the semantic extensions of perception verbs in Australian languages», *Language*, 76-3, pp. 546-592.
- HORNO CHÉLIZ, M. CARMEN (2002): «Aspecto léxico y verbos de percepción: a propósito de ver y mirar», en CASTAÑER, R. M. (ed.), *In memoriam Manuel Alvar. Archivo de filología aragonesa*, LIX, Zaragoza, CSIC.
- IBARRETXE-ANTUÑANO, IRAIDE (2000): «¿Es la metáfora el único proceso que interviene en el cambio semántico?», *Revista Española de Lingüística Aplicada. Volumen monográfico*, Logroño, Mugar Linotype, pp. 409-418.
- IBARRETXE-ANTUÑANO, IRAIDE: «El cómo y el porqué de la polisemia de los verbos de percepción», *Cognitive Linguistics in Spain at the turn of the century* [en prensa]
- LÓPEZ GARCÍA, ÁNGEL (2000): «Teoría gramatical», en ALVAR, M. (dir.), *Introducción a la Lingüística española*, Barcelona, Ariel, pp. 7-22.
- MELIS, CHANTAL (1998): «Sobre la historia sintáctica de gustar», en GARCÍA TURZA, C., GONZÁLEZ BACHILLER, F. Y MANGADO MARTÍNEZ, J. (eds.), *Actas del IV Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española*, II, La Rioja, Universidad de La Rioja, pp. 295-305.
- RODRÍGUEZ ESPÍÑEIRA, M^a JOSÉ (2002): «Las oposiciones léxico-gramaticales entre mirar/ver y escuchar/oír», en *Homenaje a Fernando R. Tato Plaza*, Santiago de Compostela, Universidade de Santiago de Compostela, pp. 437-489.
- ROGERS, ANDY (1976): «Tres tipos de verbos de percepción física», en SÁNCHEZ DE ZAVALA, V. (et alii.), *Semántica y sintaxis en la lingüística transformatoria*, 2, Madrid, Alianza, pp. 141-163.
- SANTOS DOMÍNGUEZ, LUIS ANTONIO y ESPINOSA ELORZA, ROSA MARÍA (1996): *Manual de semántica histórica*, Madrid, Síntesis.
- VIBERG, AKE (1984): «The verbs of perception: a typological study», en BUTTERWORTH, B., COMRIE, B. y DALH, O. (eds.), *Explanations for languages universals*, Berlin, Mouton, pp. 123-162.